

to *dolor*; la consecución de este fin es lo que llamamos satisfacción, bienestar, felicidad. Podemos aplicar estas mismas denominaciones á los fenómenos más débiles en grado, pero de igual naturaleza, del mundo inconsciente; y entonces le vemos también á éste presa del dolor y sin dicha estable. Toda aspiración nace de una necesidad, de un descontento del estado presente, y por tanto es un dolor, mientras no se ve satisfecha. Mas no hay satisfacción duradera, puesto que es el punto de partida de una nueva aspiración, estorbada siempre, siempre en lucha y causa siempre de dolores. Jamás hay un descanso final para ella, y por tanto, jamás encuentra límites ni término el dolor.

Pero lo que podemos descubrir en la naturaleza inconsciente con gran trabajo, y gracias á la observación más sagaz, se nos manifiesta con toda claridad en la naturaleza consciente, en la vida animal, cuyo perpetuo dolor es fácil demostrar. Mas sin detenernos en este escalón intermedio, pasaremos inmediatamente á aquella esfera en que todo, alumbrado por el conocimiento más luminoso, se nos muestra perfectamente, á saber: la vida humana. Pues á medida que el fenómeno de la voluntad se hace más perfecto, el dolor se hace también más evidente. En la planta no hay todavía sensibilidad, ni por consiguiente, dolor (en sentido estricto). Los animales inferiores, infusorios, y radiarios no son capaces más que un grado mínimo de dolor; hasta en los insectos, la facultad de sentir y de padecer es todavía muy limitada. Con el perfecto sistema nervioso de los vertebrados llega á gran altura y se eleva en la proporción en que se desenvuelve la inteligencia. A medida que el conocimiento se hace más claro y que la conciencia crece, el dolor aumenta y llega á su grado supremo en el hombre. En él es tanto más violento cuanto más lucidez de conoci-

miento y más elevada inteligencia posea. El genio es quien más padece. En esta acepción, es decir, como conocimiento en general, y no como saber abstracto, entiendo y cito la sentencia del Eclesiastés: «*Qui auget scientiam, auget et dolorem.*» Tischbein, ese pintor filósofo, ó ese filósofo pintor, ha expresado admirablemente en un dibujo, por medio de una gráfica representación visible, esa exacta relación entre el grado de conciencia y el de dolor. La mitad superior del dibujo representa unas mujeres á quienes han arrebatado sus hijos, y que en varios grupos y en diversas actitudes, expresan todos los grados del dolor, de la angustia, de la desesperación maternal; la parte inferior presenta agrupadas y ordenadas de la misma manera varias ovejas á las cuales han quitado sus corderillos; cada cabeza, cada actitud humana de lo alto del dibujo tiene su correspondencia en uno de los animales que ocupan la mitad inferior de la lámina, y se ve claramente la relación entre el dolor posible en una conciencia obtusa como la del animal, y la angustia violenta de que nos hace capaces la lucidez del conocimiento, la claridad de la conciencia.

Por esto mismo vamos á examinar cuál es, en la *existencia humana*, el destino propio y esencial de la voluntad. En la vida del animal podrá encontrarse, en grados diferentes y de una manera más débil, esto mismo, y por los dolores de los animales podríamos también convencernos de que, en esencia, *vivir es padecer*.

§ 57.

La voluntad en cada uno de sus grados de objetivación alumbrados por el conocimiento, se aparece á sí misma como individuo. Lanzado en la infinidad del espacio y del tiempo, el individuo humano, cantidad finita, y por

lo tanto, imperceptiblemente pequeña al lado de aquellos, no tiene, en vista de la inmensidad del tiempo y del espacio, una existencia cuyas condiciones sean absolutas; aplicados á él el *cuándo* y el *dónde*, son relativos, pues su duración y su lugar son partes finitas de un todo infinito y sin límites. Su existencia propiamente dicha está limitada al presente, que huye libremente hacia lo pasado, siendo esta fuga un paso perpetuo á la destrucción, un morir constante. Abstracción hecha de las consecuencias posibles para el presente, y del testimonio que aporta sobre la naturaleza de la voluntad que dejó en ella sus huellas, la vida pasada del hombre está definitivamente terminada; está muerta, no existe ya y debería serle indiferente que hubiera estado llena de tormentos ó de alegrías. Pero en sus manos, el presente se convierte á cada instante en pasado, y el porvenir es completamente incierto y siempre de corta duración.

Por eso, considerándola sólo en su forma, su vida es un derrame constante del presente en el pasado que se desvanece: una muerte perpetua. Si la consideramos bajo su aspecto físico, es evidente que así como en realidad la marcha no es más que una sucesión de caídas evitadas, nuestra vida corporal no es más que una muerte incesantemente impedida, una destrucción, retardada siempre, de nuestro cuerpo. La actividad de nuestro espíritu no es asimismo más que un esfuerzo constante para desechar el hastío. Cada soplo de nuestra respiración rechaza á la muerte que nos acomete; luchamos, pues, contra ella á cada segundo y también la combatimos á intervalos más largos, cada vez que comemos, que dormimos, que nos calentamos, etc. Pero la muerte está llamada á vencer finalmente, pues la pertenecemos por el hecho mismo de haber nacido, y no hace más que jugar un instante con su presa antes de devo-

rarla. Hasta entonces conservamos cuidadosamente nuestra vida para hacerla durar todo el tiempo posible, como se infla una burbuja de jabón todo el tiempo y todo lo gruesa que se pueda, aunque se tiene la seguridad de que ha de estallar.

Hemos reconocido que la esencia de la naturaleza ininteligente es una constante aspiración sin fin y sin tregua, y hallamos la misma cosa, más clara todavía, en el animal y en el hombre. Querer y aspirar: he aquí toda su esencia, semejante por completo á una sed que nada puede calmar. Mas la base de todo querer es la falta de algo, es la indigencia, ó sea el dolor. Por su origen y por su naturaleza el querer está condenado al dolor. A falta de objetos que desear, cuando los consigue rápidamente, se apodera de él un vacío aterrador, el aburrimiento; en otros términos, su ser y su existencia misma se convierten para él en una carga insoportable. La vida oscila, como un péndulo, entre el dolor y el hastío, que son, en verdad, sus elementos constitutivos. Se ha expresado este hecho de una manera bien extraña; después de haber puesto en el infierno todos los dolores y todos los suplicios, el hombre no ha encontrado nada que colocar en el cielo más que el aburrimiento.

Los esfuerzos perpetuos, que constituyen la esencia de cada fenómeno de la voluntad, cuando ésta llega á los grados más elevados de su objetivación, encuentran su razón de ser, principal y más general, en que aquí la voluntad se muestra á sí mismo bajo la forma de cuerpo vivo que la ordena imperiosamente alimentarle; lo que da tanta fuerza á esta orden es que el cuerpo no es otra cosa que la voluntad de vivir objetivada. El hombre, por lo mismo que es la objetivación más perfecta de esa voluntad de vivir, es al mismo tiempo el ser que tiene más necesidades; no es en todas sus partes más que volición

y necesidad concretas, y puede decirse que es una concreción de mil necesidades. Y con todo esto se encuentra en la tierra, abandonado á sí mismo, incierto de todo, menos de su indigencia y de sus necesidades; de ahí viene el que de ordinario absorban toda su vida los cuidados que reclama la conservación de una existencia sometida á exigencias tan pesadas y que renacen cada día. A estas exigencias se une luego inmediatamente la de la propagación de la especie. Al mismo tiempo le cercan por todas partes peligros de cien diversos géneros y necesita desplegar una vigilancia de todos los instantes para evitarlos. Tiene que seguir su ruta con andar circunspecto, explorando los alrededores con mirada recelosa, pues le acechan mil azares y mil enemigos. Así caminaba en otro tiempo, en el estado salvaje, y así camina en la vida civilizada. Para él jamás hay seguridad.

*Qualibus in tenebris vitæ; quantisque periculis
Degitur hoc ævi, quod unque est!*—Lucr. II, 15.

La vida de la mayor parte de los hombres no es más que una lucha por la existencia, con la certidumbre de sucumbir al fin. Mas lo que les hace perseverar en tan penoso combate, no es tanto el amor á la vida como el temor de la muerte, que siempre inevitable y á la vista, puede caer sobre nosotros en cualquier momento.

La vida en sí misma es un mar sembrado de escollos y de rompientes, que el hombre evita con cuidado y prudencia extremos, aunque sabe que hasta en el caso de que logre sortearlos, cada paso que da le acerca á un naufragio mucho más terrible, al naufragio total, inevitable é irreparable, á la muerte, hacia la cual navega directamente. Mas el término final de esta penosa travesía, el puerto, es más temible para él, que todos los escollos que ha evitado.

Es muy importante observar á continuación de esto, por una parte, que los dolores y los tormentos de la vida pueden muy fácilmente alcanzar tal grado de intensidad, que la muerte misma se haga apetecible y se recurra voluntariamente á ella, aunque toda la existencia se pase huyéndola; y por otra parte, que en cuanto la necesidad y el dolor nos dejan un instante de reposo, aparece el hastío y el hombre tiene que apelar por fuerza á cualquier pasatiempo. Lo que ocupa y trae agitados á todos los vivos es el deseo de vivir. Pero una vez asegurada la vida, no saben qué hacer de ella. El segundo móvil que los agita es el deseo de descargarse del peso de la existencia, de hacerla menos sensible, de *matar el tiempo*, es decir, de librarse del aburrimiento.

Así se explica que veamos á casi todos los que se han puesto al abrigo de la indigencia y de los cuidados, convertirse en una carga para sí mismos, después de haberse aliviado de las demás cargas, y considerar como ganancia cada hora que han logrado hacer pasar, es decir, toda porción que han conseguido deducir de esa misma existencia, en cuya conservación por todo el tiempo posible invertían hasta entonces la suma total de sus esfuerzos. El aburrimiento no es un mal despreciable; acaba por imprimir un verdadero sello de desesperación. El hace que seres que tan poco se aman unos á otros, como los hombres, se busquen, sin embargo, con empeño, convirtiéndose de esta manera en una fuente de sociabilidad. Con sabiduría política se adoptan contra el tedio medidas públicas, como contra otras calamidades generales, pues este azote, de igual modo que el más opuesto á él, el hambre, puede impulsar á los hombres á los mayores excesos; hay que dar á la multitud *panem et circenses*. El severo sistema penitenciario de Filadelfia, que impone el aislamiento y la inacción, ha hecho del abu-

rimiento una pena, y el suplicio es tan terrible, que se ha dado el caso de que se suicidaran algunos presos. Si la indigencia es el constante azote del pueblo, en cambio el hastío es el de la alta sociedad. En la vida de la clase media el aburrimiento está representado por el domingo, y la indigencia por los otros seis días de la semana.

La vida humana se pasa, pues, queriendo y adquiriendo. El deseo es, por naturaleza, dolor: su cumplimiento trae en seguida la saciedad; el fin no era más que un espejismo, y la posesión le arrebató todo su encanto. El deseo ó la necesidad se presentan bajo nuevas formas y si no, aparece la nada, el vacío, el aburrimiento contra el cual es tan penoso luchar como contra la miseria. Cuando la satisfacción sigue al deseo á intervalos ni muy próximos ni muy distantes, entonces el dolor es menor y la existencia la más feliz. Los que pueden considerarse como los más hermosos momentos de la vida, como sus placeres más puros, precisa y únicamente porque nos arrancan de la vida real y nos truecan en espectadores desinteresados, en una palabra, el conocimiento puro, despojado de toda volición, le emoción de lo bello, el verdadero placer que proporciona el arte, sólo son asequibles á poquísimas personas, porque exigen aptitudes muy raras y porque los mismos privilegiados que las poseen no pueden gozar de esa contemplación más que á la manera de un ensueño pasajero. Además, esta superioridad intelectual hace á sus poseedores susceptibles de sentir el dolor más vivamente que las medianías, y por otra parte, los aísla en medio de personas que se les parecen tan poco; hay, pues, una compensación. Los goces puramente intelectuales son inaccesibles para la mayoría de los hombres, que siendo casi incapaces de apreciar el placer que da el conocimiento puro, se hallan reducidos únicamente al querer.

Para que un objeto pueda cautivar su atención y conseguir interesarlos es necesario que estimule de algún modo su voluntad, aunque no sea más que á causa de una relación remota, ó solamente posible, con ella; pero la voluntad debe tener siempre participación, pues la existencia de estos hombres consiste mucho más en querer que en conocer; la acción y la reacción son su único elemento. Se pueden hallar en las menores cosas, en los hechos más comunes, manifestaciones patentes de ese estado de espíritu; por ejemplo, inscribirán su nombre cuando visiten algún sitio digno de ser visto, para obrar así sobre la localidad que no ha obrado sobre ellos; no se limitarán fácilmente á contemplar un animal desconocido ó raro, sino que querrán irritarle, molestarle, jugar con él; todo por experimentar el sentimiento de la acción y de la reacción; pero donde esta necesidad de excitar la voluntad se manifiesta especialmente es en la invención del juego de naipes y en la afición que despierta, verdadera expresión del lado lamentable de la humanidad.

Por mucho que la Naturaleza y la fortuna hayan podido hacer por el hombre, por mucho que seamos y poseamos, no podemos emanciparnos del dolor, esencia de la vida.

Pelides autem ejulavit intuitus in cælum latum.

Y en otro lugar dice el poeta:

*Jovis quidem filio eram Saturnii, verum cerumnam
Habebat infinitam.*

Los esfuerzos incesantes para desterrar el dolor no producen otro resultado que transformarle. Al principio se manifiesta como desnudez, necesidad, cuidados por la conservación de la vida. Si se logra, y es bien difícil, desterrar el dolor bajo esta forma, se presenta inmedia-

tamente bajo otras mil, que varían según la edad y las circunstancias: instinto sexual, amor apasionado, celos, envidia, odio, angustia, ambición, avaricia, enfermedad, etc. Y si, finalmente, no encuentra otra forma de introducirse, llegará con la triste y sombría vestidura de la saciedad y del aburrimiento, contra los cuales se ensayarán entonces todos los recursos. Si se consigue también alejarlos, será muy difícil hacerlo sin abrir las puertas al dolor bajo alguna de las formas precedentes, y entonces continuará el combate, pues la vida de cada hombre oscila entre el dolor y el hastío. Por aflictiva que sea esta perspectiva, tiene un aspecto sobre el cual quiero llamar la atención y que puede consolarnos y hasta armarnos de una indiferencia estoica respecto de nuestros propios dolores. Nuestra rebelión contra la desgracia viene en gran parte de que vemos que es accidental, es decir, traída por un encadenamiento de causas que con facilidad hubiera podido ser diferente. De ordinario, los males absolutamente inevitables y generales, como la necesidad de la vejez, de la muerte y muchas otras miserias de todos los momentos, no nos afligen casi. Lo que da al dolor su aguijón es el reconocer que las circunstancias á que se debe han sido producidas por el azar. Pero acabamos de ver que el dolor, como tal dolor, forma la esencia de la vida; que es inevitable, que lo que depende del azar es solamente la figura, la forma bajo la cual se presenta el dolor; que éste ocupa en el momento presente un lugar que á falta de él sería invadido inmediatamente por otro, al cual excluye en la actualidad, y que, por consiguiente, el azar influye poco sobre nosotros, en lo esencial. Esta reflexión, si se convirtiera para nosotros en convicción arraigada, podría inspirarnos una fuerte dosis de *ataraxia* estoica, y disminuir mucho la ansiosa solicitud con que velamos por

nuestro bienestar. Pero, en realidad, para dominar hasta este punto dolores cuyo sentimiento es tan directo, se necesita una fuerza de razón que rara vez se encuentra, por no decir nunca.

Por otra parte, estas consideraciones sobre el hecho de que el dolor es inevitable, de que siempre nos libra de otro, y de que el término de uno señala el comienzo del que le sigue, podrían conducirnos á emitir la hipótesis paradójica, pero no absurda, de que cada individuo tiene una medida de dolor esencial á su ser, fijada de una vez para siempre por la naturaleza, y que no puede ni permanecer vacía, ni llenarse con exceso, cualesquiera que sean las modificaciones de la forma que el dolor revista. Admitido esto, los males ó el bienestar de cada hombre estarían determinados, no por las circunstancias exteriores, sino precisamente por aquella medida, por aquella disposición, que el estado de salud física podría aumentar ó disminuir ligeramente en determinados momentos, pero que en total permanecería siempre la misma: esto sería el temperamento del hombre, ó hablando más exactamente, indicaría hasta qué punto es, según las palabras de Platón en el libro I de la *República* *ευκολος* ó *δυσκολος*, de humor fácil ó difícil.

En favor de esta hipótesis habla el hecho, observado muchas veces, de que los grandes dolores nos vuelven insensibles á los pequeños, y á la inversa, que á falta de grandes dolores, las contrariedades más insignificantes nos atormentan y nos irritan; pero además nos enseña la experiencia que cuando sufrimos una gran desgracia, que nos hacía temblar, sólo con que pensáramos en ella, nuestro humor continúa siendo sensiblemente el mismo, una vez soportado el dolor primero; y á la inversa, cuando logramos una dicha por largo tiempo esperada, apenas nos sentimos más contentos ni más alegres que an-

tes, pasado el primer momento. En el instante mismo en que estos cambios se producen, la emoción es enérgica y sale de lo ordinario; entonces se manifiesta en exclamaciones de desesperación ó de júbilo, pero cesa en seguida, pues todo aquello era efecto de una ilusión. Esa desesperación ó ese júbilo no eran debidos al dolor ni al gozo presentes, sino á la perspectiva de un porvenir nuevo que se explota de antemano. Lo que les permite adquirir proporciones tan anormales, es únicamente lo que toman anticipado al porvenir, y se comprende que no pueden tener duración.

En apoyo de nuestra hipótesis, por virtud de la cual el sentimiento del dolor ó del bienestar, está en gran parte, como el conocimiento, determinado subjetivamente y *à priori*, podemos hacer notar también que la alegría y la tristeza humanas no son producto de las circunstancias exteriores, de la riqueza ó de la condición social, puesto que hallamos tantas caras alegres entre los pobres como entre los ricos. Observemos también que los motivos de suicidio difieren según los hombres, pues no podríamos citar con verosimilitud desgracia alguna tan grande que conduzca á todos los caracteres á esta determinación, y hay bien pocas, entre las más débiles, que no hayan producido este resultado alguna vez. Luego, si el grado de alegría ó de tristeza no es igual en todos los momentos, con arreglo á nuestra hipótesis no le atribuiremos al cambio de las condiciones exteriores, sino al del estado interior, ó al de la disposición física. Cuando se manifiesta una intensidad creciente, pero pasajera, de la satisfacción, que puede elevarse hasta llegar á la alegría, este cambio se produce ordinariamente sin motivo alguno exterior. Muchas veces vemos provocado, en verdad, nuestro dolor por alguna circunstancia externa, y esto es evidentemente lo que nos perturba y

nos contrista, pareciéndonos entonces, que si hubiera medio de suprimir aquella circunstancia experimentaríamos gran contento. Esto no es más que una ilusión. La medida de nuestra tristeza y de nuestra alegría, según la hipótesis indicada, es fija en total y para cada instante, y respecto de ella, aquel motivo de tristeza es lo que para el cuerpo un exutorio, al cual se dirigen todos los malos humores, repartidos antes en el organismo. Sin esta causa determinada y externa, el dolor correspondiente á nuestra naturaleza, y por lo tanto inevitable, permanecería repartido en muchos puntos y se manifestaría bajo la forma de mil contrariedades pequeñas y mil caprichos extravagantes, á propósito de cosas á las cuales no prestamos en aquel momento atención alguna, porque nuestra capacidad para el dolor está colmada por un padecimiento mayor, que ha concentrado en un solo lugar todos los dolores distribuídos hasta entonces en diferentes puntos. Asimismo, cuando el desenlace favorable de cualquier negocio nos libra de una gran inquietud que nos atormentaba, ésta es sustituida inmediatamente por otra, cuya substancia existía ya en nosotros, pero que no podía penetrar en nuestra conciencia, para agitarla, porque ésta no tenía capacidad suficiente: este motivo de inquietud pasaba inadvertido, como una forma nebulosa y sombría, en el límite extremo del horizonte de nuestra conciencia. Pero ahora que encuentra ya un puesto que ocupar, avanza como cuidado positivo y ocupa el trono de la inquietud reinante (*πρῶτοννοσση*) del día; y aún cuando en su masa, sea mucho más ligero que el que acaba de desaparecer, sabrá hincharse hasta igualarle en magnitud aparente y llenar por completo el trono, en calidad de cuidado principal del momento.

Un individuo capaz de una alegría excesiva sentirá también el dolor con exceso, pues son condiciones reci-